

los cuales Napoleón ordena á Ney que se apodere á cualquier precio. El mariscal francés avanza intrépidamente; los rusos se baten con denuedo; la guardia imperial, que era uno de los refuerzos enviados á Benningsen, detiene á la división Bissón al pie de los muros de Friedland, junto á un riachuelo llamado arroyo del *Molino*, y la desordena; el resto de las tropas de Ney vacilan; se hallan por un instante sumamente comprometidas y retroceden, pero Dupont ha visto el apuro de sus compatriotas, y se lanza con sus batallones sobre la guardia, la sorprende, rompe sus filas, la arrolla y la empuja hacia Friedland. Ney rehace su columna medio quebrantada, y todos juntos persiguen á los rusos y penetran como un torrente en la ciudad, que es presa de las llamas. Nadie sueña ya en disputar el triunfo á los soldados de Napoleón; se oye «un sálvese el que pueda» general, los fugitivos se atropellan unos á otros, buscando los puentes; parte consiguen ganarlos; mas otros muchos son precipitados al Aller, donde se ahogan. En el entretanto, Lannes y Mortier, que al principio se habían limitado á contener la derecha del enemigo, mandada por el príncipe de Gortschacoff, la acosan vivamente. El príncipe recibe algo tarde la orden de retirada dada por Benningsen, y antes de poder cumplirla, se encuentra cogido entre los puentes que arden y el semicírculo infranqueable en que le estrechan aquellos generales. Ninguno de los suyos, empero, piensa en rendirse, y mientras su retaguardia prolonga la defensa, él corre como un loco con su caballería á lo largo del Aller hasta que su gente descubre un vado que les permite salvarse, al amparo de las sombras de la noche. Los rusos perdieron en Friedland veinte mil hombres, entre muertos y heridos; las bajas de los franceses se elevaron próximamente á la mitad. Los generales Lestocq y Kaminski, que estaban en Königsberg, evacuaron esta ciudad al enterarse de la victoria de Napoleón, incorporándose en Tilsit á Benningsen, que con ellos atravesó el Niemen abandonando el territorio prusiano.

El diez y seis de Junio, escribió Alejandro al Rey de Prusia: «Señor con el corazón desgarrado cumplo mi deber comunicando á V. M. la infausta nueva que acaba de participarme el general Benningsen. Me es altamente sensible y doloroso no poder ser ya útil á V. M. como lo hubiera deseado mi corazón y como parecían prometerlo las fuerzas que para ello había reunido.» El mismo día entraba Napoleón en Königsberg, y el diez y nueve en Tilsit, donde todo había de tocar á su término. A petición del Czar de Rusia, firmóse un armisticio, que no comprendía á los prusianos, á los cuales se les señaló un plazo de solo cuatro ó cinco días para adherirse al convenio, y Napoleón propuso una entrevista, que fué aceptada. La noticia del armisticio estipulado entre rusos y franceses cayó como una bomba en Sezawl, donde estaba Hardemberg, quien comprendió que desde aquel momento la suerte de Prusia dependía en absoluto de la voluntad de los dos emperadores.

Alejandro partió precipitadamente para Tilsit, donde le esperaba Napoleón. No había

éste modificado en un ápice sus proyectos ni su política: pronto á cambiar de medios, según las circunstancias, en el fondo perseguía siempre el mismo fin con tenacidad inquebrantable. Su gran objetivo no había cesado un punto de ser el aniquilar á la Gran Bretaña, porque sabía que allí estaba el foco de todas las resistencias. Al comenzar la última campaña, su programa era «batir á Inglaterra en el Continente», y ahora, si no de haber vencido á Inglaterra, podía jactarse de haber desarmado á sus demás enemigos. Rusia, rechazada al lado allá de su frontera, estaba casi fuera de combate; sin embargo, habría sido muy expuesto reducirla á la desesperación. Meditándolo bien, juzgó Napoleón preferible trocirla de rival en amiga y aliada, halagando al joven Czar. Si se aseguraba este firme apoyo, Europa entera rendiríale parias; en vez de batir á Inglaterra en el Continente, la batiría con el Continente, y vencida Inglaterra ¿quién sería osado á resistirle? Tras la dominación de Europa, columbraba ya el imperio del mundo.

Las disposiciones de Alejandro eran las más á propósito para favorecer los planes de Napoleón. Creía aquél, con razón ó sin ella, haberse constituido desinteresadamente en campeón del derecho público europeo conculcado y de la civilización amenazada, y dolíase del egoísmo de los demás. Su ojeriza, sobre todo, era grande contra Inglaterra, que ningún auxilio le prestara, de suerte que las primeras palabras que dirigió á Napoleón al abrazarse ambos Emperadores en una almadía, en medio del Niemen, el veinticinco de Junio, fueron: «Aborrezco á los ingleses tanto como vos los odiáis».—«Si así es, la paz está hecha», le contestó el vencedor de Friedland. Esta primera entrevista duró dos horas; los dos monarcas siguieron reuniéndose todos los días á puerta cerrada; Napoleón se manifestó pródigo en concesiones, y Alejandro nada tuvo que hacer sino aceptar lo que se le proponía. Bajo la apariencia de dividir con él el imperio universal, intentaba Napoleón convertir al Czar en instrumento de sus miras ambiciosas. Tal es el sentido de los acuerdos que se adoptaron en Tilsit. Probablemente, Alejandro comprendió los ocultos designios de su nuevo amigo; pues, según el testimonio de un observador sagaz, que era su confidente, la impresión que sacó de sus prolongadas é íntimas conversaciones con Napoleón fué de temor y desconfianza; pero como en realidad se le brindaba con ventajas presentes á cambio de promesas para lo futuro, por de pronto era él ganancioso. El tres de Julio, envió Napoleón al Czar los borradores de dos tratados: uno, de paz, que debía publicarse; otro, de alianza, que había de mantenerse secreto mientras así lo estimaran ambos oportuno. En el primero, se delimitaba el nuevo reino de Prusia: Napoleón, «por consideración á S. M. el Emperador de todas las Rusias», consentía en restituir al Rey de Prusia sus antiguas provincias situadas á la derecha del Elba, exceptuándose las polacas, con las que se formaba el gran ducado de Varsovia, de que sería soberano el Rey de Sajonia. De nueve millones de habitantes, se cercenaban cuatro á la monarquía prusiana. Federico Guillermo, que había ido á Tilsit para pleitear su causa y hacía allí la triste

figura, como suele decirse, se esforzó vanamente en demostrar al cruel vencedor la sinrazón y la injusticia que con él se cometían, no siendo más afortunada la reina Luisa, que olvidó legítimos agravios para impetrar personalmente del Emperador que moderara sus condiciones. Por toda concesión, ofrecióle Napoleón una rosa. «¡Siquiera con Magdeburgol», exclamó la Reina suplicante.—«Haré observar á V. M., replicó secamente su interlocutor, que soy yo quien la ofrece y V. M. quien la recibe». Napoleón, hasta en su trato con las damas, era poco atento, y frecuentemente su falta de delicadeza rayaba en grosería y brutalidad. Comparándole con Julio César, ha escrito atinadamente Macaulay que el célebre romano le aventajaba en ser modelo de cortesía, y conocida es la frase mordaz de Talleyrand: «¡Qué lástima que tan grande hombre haya sido tan mal educadol.» Napoleón y Alejandro se comprometían, además, á proponer su mediación, aquél á Turquía y éste á Inglaterra, debiendo el último hacer que sus tropas evacuaran los principados de Moldavia y Valaquia hasta tanto que se aprobara el arreglo definitivo. Los príncipes de Oldemburgo, de Mecklemburgo y de Coburgo eran restablecidos en sus soberanías, pero habiendo de quedar ocupados los territorios de los dos primeros por tropas francesas, á fin de que tuviese puntual cumplimiento el bloque continental. Por último, se reconocía á Luis, á José y á Jerónimo Bonaparte como reyes respectivamente de Holanda, Nápoles y Westfalia. Este último reino creábase entonces con el gran ducado de Hesse y las provincias polacas arrebatadas á Prusia.

Al tratado de paz acompañaban artículos adicionales, que, como los del tratado de alianza, debían conservarse secretos. No se conoce aun el texto auténtico de unos ni de otros, pero sí su sustancia. A lo que se afirma, conveníase en los artículos agregados la cesión de las Siete Islas y de las bocas del Cattero á Francia, así como la promesa de reconocer á José en su calidad de rey de Sicilia cuando Fernando IV recibiera por vía de indemnización las Baleares (que pertenecían á España), Gandía (que tampoco era de Francia), ú otro territorio equivalente; y en el tratado de alianza, se prevenía el caso de que no aceptasen Inglaterra ó Turquía la mediación que iba á ofrecérseles. Si Inglaterra, como era de esperar, la rechazaba, ó si, admitiéndola, no había firmado la paz el primero de Noviembre reconociendo el principio fundamental de que los pabellones de todas las potencias gozaban en los mares de igual completa independencia y devolviendo todas las presas hechas desde mil ochocientos cinco á Francia y sus aliados, Rusia debía manifestar en todo el mes de Noviembre al gabinete de Londres que, en vista de su negativa á firmar la paz sobre las bases indicadas, el emperador Alejandro hacía causa común con Francia. En otro artículo se establecía que, si ante la manifestación de Rusia, no daba Inglaterra una respuesta satisfactoria, las dos potencias aliadas invitarían á las Cortes de Copenhague, Estokolmo y Lisboa á que cerraran sus puertos á los ingleses y declarararan la guerra á la Gran Bretaña, habiendo también de instarse al Austria á tomar parte en

la lucha. De igual manera, si Turquía, como se sospechaba, por haber recientemente destronado los genizaros á Selim, no quería aceptar la mediación de Francia, ó si, aceptándola, no firmaba la paz con Rusia en el plazo de tres meses, Francia haría causa común con Alejandro, y ambos emperadores se pondrían de acuerdo para sustraer todas las posesiones del imperio otomano en Europa, exceptuadas la ciudad de Constantinopla y la provincia de la Rumelia oriental, al yugo y á las vejaciones de los turcos.

Estos tratados de paz y alianza se firmaron el ocho de Julio de mil ochocientos siete, y al día siguiente presentóse otro de paz entre Francia y Prusia, redactado al mismo tiempo que aquellos á los condes de Kalekreuth y Goltz, representantes de Federico Guillermo á quienes dijo Talleyrand, pidiéndoles sus firmas: «No habeis venido para negociar, sino para aceptar la ley del vencedor», ley que era la consignada en el tratado con Rusia, en los artículos referentes á Prusia, Polonia y Posen. Hardemberg dimitió su cargo; mas, antes de retirarse á Riga y después de despedirse de los reyes escribió una carta á Carlos Stein, que á principios de aquel año había salido del gabinete á consecuencia de una grave disputa tenida con el monarca, excitándole á deponer sus resentimientos personales y á consagrar sus talentos á la salvación de Prusia, por ser él el único, decía Hardemberg, capaz de acometer tan espinosa empresa y de conducirla á feliz remate.

El poder militar más extraordinario que quizás hayan conocido los siglos y el colosal imperio moscovita, se habían dado estrecho abrazo en Tilsit, y nunca se hubiese creído tan á punto de sucumbir la libertad de Europa bajo el férreo y anacrónico cesarismo de Napoleón como en aquellos tristes momentos. Sin embargo, la obra de Tilsit era á modo de construcción gigantesca en cuyos huecos é intersticios se hubiesen colocado cartuchos de dinamita; bastaba que prendiese la menor chispa para hacerla saltar con estrépito. Víctima de su propia avidez, Napoleón había preparado los elementos de una rivalidad nueva, y en cada cláusula de las estipulaciones acordadas ocultábase una causa de discordia. Pero, por de pronto, todo eran vítores y satisfacciones. Napoleón regresó á Francia de donde estaba ausente hacia tantos meses, resuelto á sacar el mejor partido posible de su alianza con Alejandro antes que las circunstancias cambiasen, de tal modo que, al día siguiente de llegar á Sain-Cloud, donde solía pasar los estíos, dictó sus órdenes á toda Europa, desde Corfú hasta Königsberg, como dice Thiers. Napoleón poseó su codiciosa mirada en los Estados débiles, que habían vivido hasta entonces al amparo de su neutralidad, y para hacer presa en ellos, determinó obligarles á escoger entre la guerra con Francia ó la guerra con la Gran Bretaña. Los países inmediatamente amenazados eran Dinamarca, Portugal, los Estados del Papa y Etruria, éste último cedido, mas no entregado de hecho á los Borbones de España, á cambio de la Luisiana. Respecto de Dinamarca, quería Napoleón utilizar contra Inglaterra su flota relativamente considerable y sus fuertes posiciones marítimas; mas no así en lo concerniente á los otros tres Estados